

## *La Universidad española en la época del Dr. Simarro*

José Luis PESET  
*Centro de Estudios Históricos  
C.S.I.C.*

Trazar con unas cuantas palabras, o en algunas páginas, lo que ha sido la historia de nuestra universidad, es tarea por completo imposible. Por ello, en mi breve aportación, me limitaré a plantear algunos temas importantes en la evolución de la institución universitaria, que pueden servir de pie para los debates de estas jornadas. A lo largo de mi exposición, estudiaré uno por uno, los siguientes aspectos, que me parecen básicos a la hora de entender qué ha constituido básicamente nuestra universidad. Por una parte considero necesario analizar la organización del poder y el gobierno académico. Por otra, el método de enseñanza y el estudiante sobre el que éste recaía. Y, por fin, no puede quedar completo mi esfuerzo, si no se exponen algunas ideas básicas sobre cómo ha sido el profesorado que ha tenido a su cargo las aulas académicas. Este mismo esquema intentaré mantenerlo, con las limitaciones que la cronología imponga, para las dos grandes etapas de la universidad española. En primer lugar la universidad antigua, denominando así la que se hereda en las postrimerías del antiguo régimen, heredera de la medieval. En segundo, la liberal, que nace con la toma del poder por la burguesía y llega hasta nuestra guerra civil.

### LA UNIVERSIDAD ANTIGUA

Tras las primeras fundaciones universitarias, en el inicio del mundo moderno, hay una reactivación de estas instituciones. El aumento del poder del monarca en los estados absolutos hizo que fueran necesarias facultades de derecho para explicar sus leyes, o

de medicina para proteger a sus súbditos. El aumento del poder del papado, en especial en los países contrarreformados como España, produjo también un gran interés en las facultades de cánones y teología con el fin de hacer conocer el derecho de la iglesia y la doctrina de los teólogos. No es extraño que el principio del mundo moderno conozca la aparición de nuevas universidades y el aumento de su poderío, sabiduría y riqueza. A la vieja Salamanca, se le añaden instituciones como Valencia o Alcalá, que responderán a los nuevos tiempos, aunque es distinto el papel que el ayuntamiento de Valencia juega que el representado por el cardenal Cisneros.

Con las nuevas fundaciones, quedan configurados tres tipos universitarios, que se mantendrán hasta las reformas liberales en el ochocientos. Por una parte, el tipo salmantino que hacía recaer el control universitario en sus claustros, en especial el de doctores, que constituía el alma de la Universidad. Otros claustros, como el de diputados —formado por catedráticos y colegiales— o el de Facultades, irán adquiriendo peso en el futuro. Como representante del papado, el canciller o mestrescuela da grados y mantiene la jurisdicción, incluso más allá de los temas puramente académicos, contando también con su propio claustro. El rector, un representante de los alumnos y uno de ellos, no tiene gran autoridad por el momento, aunque dispone de su propio claustro de consiliarios, elegidos por las distintas naciones universitarias.

Las universidades de tipo alcalaíno, segundo modelo, son las que se fundan dentro de o amparadas por un colegio. Sirven para la enseñanza de los colegiales y algunos manteístas —o no colegiales— y el poder reside en el colegio. Su rector es muy poderoso, juntando poderes del rector salmantino y de su maestrescuela y administrando ambas instituciones. Los claustros de colegiales y de rector, protegen esta estructura. La universidad de Valencia nos da el modelo de otro tipo muy frecuente, aquél que depende de un municipio para su fundación, administración y control. Hay un claustro mayor —formado por miembros de la ciudad, la iglesia y, menos, de la Universidad— y claustros de doctores y catedráticos, con poca autoridad. Es el municipio quien directamente administra y nombra los examinadores para grados y cátedras. El canciller es el arzobispo, quien nombra rector entre los canónigos de la catedral levantina.

Podemos ver que los tres modelos tienen una característica común, se puede decir que gozan de autonomía con respecto al poder central. Sea el claustro, el colegio o el municipio quien controla, el rey o los consejos centrales poco parecen contar en la Universidad tradicional. Pero, ¿es tan cierta esta autonomía? No hay duda que hay que matizar cualquier visión demasiado optimista de la vieja

autonomía universitaria ya que, en efecto, dos poderes, la iglesia y los colegios, tenían un enorme peso en el control universitario. Hay que tener en cuenta que la fundación y rentas de las universidades eran en buena parte eclesiásticas y que la iglesia contaba con estudiantes, cargos académicos y profesorado abundantes en estas instituciones. Y también las órdenes eran muy poderosas, pues por medio de sus colegios y conventos, monopolizaban buena parte de la enseñanza. Disponían de cátedras, de privilegios, e incluso algunas facultades —arte, teología y derecho canónico— estaban en su mano. La orden jesuítica, además, tenía un buen terreno en la primaria y la secundaria, incluso dentro de las aulas universitarias. Por su parte, los colegiales, aliados con frecuencia de los consejos centrales y de las órdenes, en especial la jesuítica, también tenían un gran poder, pues controlaban becas, estudiantes y profesorado de las Facultades mayores. Sus miembros eran luego importantes personajes en la estructura eclesiástica o gubernamental, formando parte de la burocracia que atenazó la Administración española durante el mandato de los últimos Austrias y primeros Borbones.

La enseñanza en las universidades se hacía en tres etapas, aunque las dos primeras podían adquirirse fuera. El joven recién llegado, entre los 12 y los 14 años, se dedicaba a estudiar gramática latina, arma fundamental, pues toda la enseñanza en estas instituciones era en esta lengua. Luego se pasaba a la facultad menor de filosofía o artes, donde se estudiaba entre los 15 y 17, aunque la disparidad de edad era mucho mayor entonces que ahora. Se cursaba, sobre todo, filosofía escolástica, aristotelismo fundamentalmente. Se aprendía lógica, física y metafísica, aunque con el tiempo será el lugar de entrada de la ciencia moderna. Más tarde, el estudiante pasaba a las facultades mayores, pudiendo escoger entre teología, derecho civil, derecho canónico o medicina. Esta era la facultad menos atendida y más pobremente cuidada.

El método de enseñanza, tal vez heredado de la disciplina de la iglesia, consistía o bien en la lección, o bien en la disputa, la *lectio* o la *disputatio*. La lección consistía, en líneas generales, en un comentario de los textos clásicos, Galeno para medicina, Justiniano para derecho, y los libros sagrados o las colecciones canónicas para teología y derecho canónico. Se leía por el profesor una parte del texto clásico —los libros eran caros y escasos— y el estudiante copiaba el dictado y el comentario. Las disputas se hacían en rígidos actos de conclusiones, en que unos cuantos puntos eran discutidos solemnemente ante la facultad o la universidad. En las academias se aprendía a repetir y a discutir. Siempre se usaba el latín y la forma de exposición y comentario era de tipo silogístico. Como comprobación de la calidad de los estudios, no había exáme-

nes, sino que el catedrático daba a fin de curso cédula de asistencia a los aprovechados y, tras cuatro años de estudio, se les admitía al grado de bachiller.

El grado de bachiller era importante, porque para médicos y abogados era la prueba universitaria que —tras examen por el Protomedicato o las Audiencias— permitía el ejercicio de la medicina o la abogacía. Consistía, en líneas generales, en una lección latina de defensa de puntos, seguida de argumentos por los examinadores, y en preguntas sobre los estudios realizados. Más adelante, podían presentarse, aquéllos que se sintieran llamados por el camino universitario, o que tuviera que hacer larga antesala antes de ser llamado a puestos de importancia por sus compañeros de orden o de colegio, a los grados mayores. El más duro era el de licenciatura, en el que debía probarse haber explicado extraordinariamente algunas lecciones y someterse a algunas pruebas de disputa y de puntos. Más tarde, el grado de doctor que era mero boato, una ceremonia cara que consagraba al futuro universitario.

Las oposiciones a cátedra debían mostrar la capacidad del futuro docente para enseñar, disputar y manejar los clásicos de su asignatura. En la universidad antigua, el opositar era incluso más que hoy, una verdadera carrera universitaria, ya que para mejorar era preciso cambiar de asignatura. Había varios tipos de cátedra. Según la estabilidad de sus ocupantes, se dividían en de propiedad, de regencia y sustitutos. Aquéllas eran perpetuas, las de regencia temporales y las sustituciones meras ocupaciones temporales para repeticiones en tiempos no lectivos o en enfermedades de profesores. Según la categoría de la cátedra —sueldo y preeminencias—, se clasificaban en de entrada, de ascenso y de término. Su necesario traslado de unas cátedras a otras, era también motivado por el bajo pago a los profesores. Indiquemos que la universidad de Alcalá, hacia la muerte del tercer Carlos, sólo dedicaba un 4,6 por ciento de sus gastos al pago de profesores y que el plan de estudios de 1771 les asignaba en esta misma situación ridículos sueldos entre 300 y 3.000 reales. Si se hace la división de lo gastado al año por una universidad como Alcalá entre el número de alumnos, de un total de unos 700.000 reales resulta unos mil reales por estudiante, lo que puede parecer una cifra importante. Pero si se divide lo gastado en profesorado por el mismo número, dado el enorme gasto en colegios, ceremonias religiosas y de prestigio, la cantidad resultante es mínima, 47 reales. Todo ello hacía que los puestos universitarios no fuesen muy codiciados y que los profesores tuviesen que ejercer como abogados, médicos o tener distintos puestos eclesiásticos. Y también que aquéllos que quisiesen distinguirse en la política, la ciencia, la burocracia o la carrera económica, tuvieran que abandonar las aulas: tal es el

caso de Meléndez Valdés, Pérez Bayer, Gregorio Mayans o Andrés Biquer.

Por fin, para concluir esta etapa de la universidad española, antes de entrar en las reformas liberales, es preciso recordar las reformas que los monarcas ilustrados introdujeron en sus aulas. Felipe V quiso aprovechar la victoria por las armas —como más tarde en muy distinto sentido pretendió el franquismo postbélico— para cambiar la universidad. Así suprimió el patronato que la ciudad tenía sobre la universidad de Valencia, que más tarde sería devuelto, y clausuró las catalanas, creando la de Cervera. Pero la solución fue tan difícil —por querellas con los catalanes y con el papado— que Cervera fue erigida a imitación de Salamanca y esta vía renovadora se abandonó. Fernando VI, por el contrario, deja en paz a las universidades y empieza una línea paralela de reforma que continuarían sus herederos, la creación de Academias, por un lado, la de «escuelas especiales», por otro. Así, continuando en nuestro terreno —y dejando las Academias de la Lengua o de la Historia, o las Academias científicas, tal como la de Barcelona— señalaremos la creación de escuelas para el ejército —de enorme importancia las dedicadas a la marina o la artillería— o para los cirujanos. El primer colegio de cirugía, el de Cádiz (1748) es creado por Ensenada para conseguir buenos profesionales para la armada. Sus sucesores fundarían el de Barcelona (1760) para abastecer al ejército, y el de Madrid (1780) para civiles. Estas instituciones iniciaron una enseñanza moderna, práctica, con libros de texto y exámenes en castellano, que inauguraba una nueva etapa en la forma de enseñanza tradicional.

Carlos III será un gran reformador universitario, en buena medida antecediendo las reformas del ochocientos. Por una parte, dismantela el sistema tradicional, enmudeciendo a la Inquisición, expulsando a los jesuitas y reformando los colegios, que pierden su peso universitario y burocrático. Aparte publica una serie de planes de estudios e introduce una serie de autoridades —censores regios, directores de universidades, interventores de rentas, rectores— que terminan con el enclaustramiento universitario. Con todas estas medidas, se consigue unificar, modernizar y centralizar la enseñanza. Se logra una enseñanza más uniforme, con planes de estudio más al día y regulando los grados académicos y el ejercicio profesional. Se obtiene que la ciencia moderna, por medio de libros de texto claros y concisos, entre en las viejas aulas. Y se consigue que la autoridad central empiece a gestionar la universidad. Por ejemplo, el poderío del colegio de San Ildefonso en Alcalá desaparece, y los interventores regios van presagiando el traslado cercano a Madrid.

De gran importancia es el último plan de estudio promulgado por Carlos III, el de Valencia de 1786. En su texto aparecen muy importantes novedades. Notables libros de ciencia moderna son pregonados e incluso editados por la universidad. Aparecen los exámenes anuales. Se incrementa la fuerza del profesorado y de sus claustros, independizando la universidad del poderío municipal. Incluso el rector que lo confeccionó, Frey Vicente Blasco, se convierte en una figura política con gran futuro, en rector representante del poder central, informador y ejecutor de sus órdenes.

Durante el reinado de Carlos IV algunas novedades aparecen, en algún sentido sistematizadoras de las novedades anteriores. Por ejemplo, el intento de unir medicina y cirugía en los colegios en 1799, o bien algunas escuelas de ingenieros importantes. También es necesario resaltar la tardía promulgación de los primeros planes de estudio generales para todo el reino, en 1804 para los colegios de cirugía, en 1807 para las universidades, siguiendo el estilo de Cádiz y Salamanca, respectivamente. Con Fernando VII se configura ya la figura del rector político, nombrado por el rey, y aumenta el poder de catedráticos y sus claustros. Crea la Inspección general de instrucción pública —imitación de la Dirección general de estudios liberal— y afirma en 1827 la reunión de medicina y cirugía en los colegios, dejando la medicina pura en las facultades universitarias.

## LA UNIVERSIDAD LIBERAL

Tras el asalto al poder por la burguesía, era necesario un nuevo sistema educativo que sustituyese al ya anticuado que se heredaba. Era preciso difundir una nueva ideología, que configurase la nueva sociedad, y una ciencia, que permitiese formar los cuadros necesarios para el control y gestión de las novedades profesionales y técnicas. Por ello, siguiendo en parte las huellas de los ilustrados, en parte recibiendo el ejemplo francés, una universidad distinta fue creada. Tras las fútiles innovaciones liberales del primer tercio de siglo, los planes de estudio de 1845 y 1857 —debidos a Gil de Zárate y Moyano— configuran, en líneas generales, qué debía ser la universidad y lo que en efecto ha sido hasta nuestros días. Una serie de principios rigieron las reformas a introducir, veámoslos.

En primer lugar, la centralización y control por el estado. Para ello se consigue la independencia respecto a la iglesia, tanto que, a la larga, la teología abandona las aulas estatales, yendo a los seminarios y a las universidades eclesiásticas. El ministerio y la dirección general de instrucción pública dirigen la enseñanza a través de una jerarquía que se configura así: ministro, director general

de instrucción pública, rectores, decanos, claustros —sobre todo el de profesores— y catedráticos.

De los rectores dirá Gil de Zárate, retomando la línea iniciada por los ilustrados: «Antes eran sólo los representantes de las escuelas para entenderse con el Gobierno; ahora son los representantes del mismo Gobierno encargados por él de la administración de las escuelas.» Por tanto, para entender el principio de libertad de enseñanza, que tanto se discutió a lo largo del siglo, es necesario enmarcarlo dentro de una mayor intervención del estado en la enseñanza, en especial la superior.

Otra idea directriz importante fue la racionalización de la enseñanza. Por una parte, racionalización de su distribución. Es decir, un mejor reparto geográfico, tendiendo, al menos en teoría, a proporcionar mejor educación a quien la necesitase. También, una mejor dispersión social buscando, también en proyecto al menos, una mejor distribución de la enseñanza entre las distintas clases sociales. Se busca repartir abundantemente los primeros escaños del saber y la gratuidad en ellos. Por el contrario, escribe el mismo autor, en «las carreras cuyo título habilita para una profesión, poner todos los obstáculos de dinero, tiempo y estudios, con el objeto de impedir que en ellas ingrese un número de individuos superior al que necesite la sociedad». Por otra parte, se continúa la idea de mejorar el contenido de la enseñanza haciéndola más moderna y más adaptada a las nuevas necesidades. No es extraño que el derecho romano vaya siendo sustituido por el positivo napoleónico, o que filosofía escolástica cambie hacia la ecléctica, la krausista o la positivista. Tampoco que la medicina de laboratorio se imponga, o que la psiquiatría y la medicina legal confirmen el papel nuevo de la ideología y el poder burgueses.

Una serie de reformas se sucedieron. Por una parte, fue importante la centralización de fondos. Ya con Carlos IV, con las desamortizaciones y la obligada compra por las universidades de vales reales, algo se había beneficiado de las arcas académicas el erario público. A partir de 1842, con la creación de la Junta de centralización de fondos, el estado es el gran beneficiario de la desamortización universitaria. No se puede decir que los liberales invirtieran mucho en enseñanza, pues el gasto se puede decir que se compensa con el dinero de las viejas universidades. Y el gasto por alumno sigue en 1.000 reales y el gasto por universidad no difiere mucho de esos 700.000 reales por año de la vieja Alcalá. Lo que es innegable es una mayor racionalización del gasto, pasando el invertido en personal a muy primer plano siendo, más o menos, el 80 por 100 del gasto ordinario, invirtiéndose ahora las proporciones. Otra caracte-

rística —gasto casi único en personal aunque sea insuficiente— que la universidad actual ha heredado.

Otras novedades aparecieron. Así, medicina y cirugía se unieron definitivamente en 1843, desapareciendo la vieja polémica, con el triunfo de las ideas colegiales. Por la misma época se unieron leyes y cánones y algo más tarde se convertía filosofía en facultad mayor, en 1857 se consagró la división en facultades de letras y de ciencias. También aparece un número poco elevado de escuelas de ingenieros que forma un grupo fuerte y cohesionado de ingenieros útiles para la explotación de minas y el tendido del ferrocarril. Importadores de una técnica extranjera que sirve para el montaje de piezas también foráneas, reciben una fuerte protección estatal, constituyéndose en una élite política y económicamente poderosa. Más tarde, en el sexenio, la facultad de teología es suprimida de la enseñanza estatal, no volviendo ya nunca a sus aulas. La creación de academias nuevas, muchas orientadas hacia la ciencia y la técnica, proporciona tribunales de sabios que orientan y apoyan la actuación del gobierno. Y el mismo papel, todavía mucho más politizado, es el del Consejo de instrucción pública, formado por personalidades políticas, artísticas, literarias, científicas, eclesiásticas y académicas, que tenían una amplia misión de asesoramiento del gobierno en cualquier cuestión de instrucción pública. Sin embargo, su misión más constante fue la promoción y reproducción del profesorado, a través de los tribunales de oposiciones, de los premios que concedía o en sus decisiones sobre libros de texto. En algunos momentos, sobre todo cuando Orovio estuvo en el poder, tuvo también una clara función represiva, como sucedió con la «segunda cuestión universitaria».

El método de enseñanza también se modificó ampliamente al llegar los liberales al poder con la revolución burguesa. La enseñanza casi se redujo a la lección ordinaria, en que el profesor explicaba un libro de texto que el alumno debía memorizar. Los libros de texto eran sencillos, claros, modernos —aunque siempre o casi siempre retrasados con respecto a la ciencia europea— y oficialistas, recibiendo casi siempre una sanción estatal. Incluso los programas debían ser, en principio, fiscalizados, pero en este terreno la acción pública fue siempre menos potente. La enseñanza se hacía en castellano y el profesor comprobaba con frecuencia el aprendizaje, mediante preguntas a los alumnos. Al fin de curso, hubo exámenes, primero globales, luego por asignaturas, a veces orales, a veces escritos. También se reforzó la enseñanza práctica —en especial en medicina y ciencias— pero la penuria universitaria nunca permitió grandes logros. El grado de bachiller fue perdiendo importancia, hasta desaparecer. El de licenciatura quedó y se convirtió en el único re-



quisito para el ejercicio, aunque al fin ni éste fue necesario. El doctorado se completó con estudios —nunca muy válidos, ni siquiera con la centralización en Madrid— y con la tesis doctoral. Quedó como el grado necesario para la dedicación a la carrera docente y profesoral.

El profesorado también fue cambiando mucho, perdió su carácter sacerdotal y se convirtió en funcionario público. No sólo son cada vez menos frecuentes los eclesiásticos dedicados a la enseñanza en universidades públicas, sino que todo el profesorado entra a formar parte de los escalafones del estado, con unos sueldos, unos ascensos y unas jubilaciones de tipo funcional. Junto al catedrático hay diversos tipos de auxiliares de cátedra que carecen de suficiente estabilidad y salario, pero la antigua diversidad de cátedras ahora desaparece. El catedrático goza ahora de enorme poder dentro de la universidad, a través de su cátedra, de los puestos jerárquicos o de los claustros. A medida que la universidad pierde autonomía y poder social y económico, el profesor se convierte en reyezuelo de las aulas. Al ser las cátedras iguales, no es necesario el continuo nomadismo de la universidad antigua, y cabe una cierta especialización. Sin embargo, la investigación apenas se realiza y, cuando tiene lugar, es en terrenos muchas veces ajenos a la universidad. La oposición se mantiene, constando en general de lecciones, argumentaciones, preguntas y, con el tiempo, algún caso práctico.

De todas formas, el profesor siguió manteniendo dos ideas carismáticas, sacerdotales: la creencia de su contacto con la ciencia y la de su poder social. Por ello, la universidad del siglo xx prebélica tuvo dos temas importantes, la autonomía y la investigación universitaria. Con la crisis de fin de siglo, los universitarios se lanzan a la palestra en busca de un mayor papel social, muy en relación con el movimiento institucionista. Como antecedente está el movimiento de extensión universitaria, el progresista e institucionista de Oviedo, o el más conservador y agrarista de Zaragoza, siempre buscando interesar a más amplias capas de la población y pidiendo su ayuda para el fomento universitario. No es extraño que en el discurso de la apertura salmantina que pronuncia Unamuno en 1900, bajo influencia de Costa, se solicite ayuda del dinero privado para la docencia y la investigación.

La responsabilización por parte del estado de la enseñanza primaria —la secundaria ya había sido centralizada con los primeros liberales— y la creación en 1901 del Ministerio de Instrucción Pública hacen concebir esperanzas. Los universitarios empiezan a reunirse en congresos como el de Valencia de 1902 o el de Barcelona de 1905, en los que se solicita una mejora de la enseñanza, autonomía para las universidades y un mayor papel público y social de

las universidades. Realmente, el pensamiento de Giner, quien presenta un importante trabajo al congreso valenciano, está siempre presente. Su planteamiento es cuádruple, recurso al estudiante y al profesorado buscando mejorar discencia y docencia, recurso al medio, pidiendo ser ayudados y atendidos y recurso a la universidad, que debe ser una organización corporativa y autónoma. Escribe Giner de los Ríos: «¿Qué pedir al Estado, para hablar con propiedad, al Gobierno? Sin duda, y ante todo, lo que Diógenes a Alejandro: que no nos quite el sol. Es menester que la Universidad se acostumbre a la idea de que, de día en día, los tiempos le recomiendan que busque su centro de gravedad en sí misma, su auxilio en la sociedad, pida al Estado menos cada vez, conforme vayamos siendo más capaces de tomar sobre nosotros la responsabilidad de la vida adulta a que necesita volver entre nosotros.»

Y algunas soluciones se fueron encontrando. Por ejemplo, Romanones, con Sagasta, presenta en 1903 un proyecto de autonomía, que el senado hizo fracasar. Y en 1919, en efecto, César Silió promulga una ley de autonomía. En ella se declama largamente contra la uniformidad universitaria y el intervencionismo estatal. Se considera a la universidad no sólo expendedora de títulos, también se considera su misión docente e investigadora. Y se deja a sus propios estatutos funciones tan importantes como la administración de los fondos propios y la designación de profesorado. Pero el estado se reservaba algunas importantes misiones, como una alta inspección, las becas, exámenes..., y, lo más grave, los fondos propios siempre fueron insuficientes. Además, dentro de un estado tan centralizado, no podía funcionar una autonomía parcial y en 1922 el ministro Montejos barre la reforma Silió. De más importancia, aunque de la misma brevedad, fueron las consecuencias de la República en materia de autonomía porque aquí sí había un marco jurídico más amplio que la amparaba. Citemos la concedida a las facultades de letras de Madrid y Barcelona en 1931 y, sobre todo, la otorgada a la universidad de Barcelona en 1933. Y no olvidemos las universidades de la iglesia, importantes en nuestra historia, ni la creación de Núñez de Arenas, tan sugerente en su intento. En cuanto a la investigación, también hubo novedades, aunque más bien de puertas afuera. Los institucionistas consiguieron en 1907 la creación de la Junta de Ampliación de Estudios, presidida por Cajal. Con su política de pensiones y la creación de institutos y laboratorios especializados consiguió una auténtica investigación al nivel de los tiempos. Sin embargo, los universitarios siempre se quejaron del centralismo y antiuniversitarismo de la Junta. Aquél parece cierto, pero no éste, pues muchos universitarios pudieron aprovechar las novedades para crear auténticas investigaciones científicas. Recordemos el papel de

Cabrera en el Laboratorio de Física o el de Menéndez Pidal en el Instituto de Estudios Históricos.

## CONCLUSIÓN

Tal fue, a grandes líneas, la Universidad que Simarro heredó y le tocó en suerte vivir. Sus problemas y deficiencias explican bien la tardía incorporación de un saber nuevo, con pretensiones experimentales, como era la psicología que Simarro quería realizar. También justifica el porqué de muchos años perdidos por el grupo regeneracionista en intentos de mejora de las instituciones científicas y docentes españolas y que determinó que muchos de nuestros «intelectuales» dedicaran muy buena parte de su labor a un intento de mejora institucional, que al menos por unas décadas dio frutos de importancia para la ciencia y la cultura españolas. Esa aplicación a la mejora de nuestra enseñanza y nuestra investigación es el mayor timbre de gloria para buena parte de nuestros científicos que desde el ochocientos vieron alborear el nuevo siglo.

SPENCER, H., *Principios de Psicología*, Madrid, La España Moderna, s. a., 4 vols.

TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 3 ed. 1977.

VIQUEIRA, J. V., *La psicología contemporánea*, Madrid, Labor, 1930.

ZIEHEN, T., *Compendio de psicología fisiológica en 15 lecciones*, con un prefacio del Dr. L. Simarro, Madrid, Bailly-Baillière, 1910.